

LLÁMALO
TÚ Y YO

Noelia Amarillo

zafiro



Sinopsis

Es el último día del año y nuestros amigos de la Plaza de la Paja están revolucionados.

Porque van a celebrar, en casa de Gala y Rodrigo, una gran cena a la que están todos invitados, y claro, organizarla no es lo que se dice sencillo.

Porque esta cena será la primera reunión cuasi familiar de Uriel tras años huyendo, y la verdad, no le hace mucha gracia.

Porque Cruz va a recibir una llamada que puede hacer realidad un sueño.

Porque Calix e Iskra no pueden dejar de pensar en una revelación que, de ser positiva, les va a cambiar la vida.

Y mientras todos tienen la cabeza en mil preocupaciones, dos adolescentes enamorados están planeando hacer algo muy especial en esta primera Nochevieja que sus padres los dejan salir. Aunque ese algo tan especial se les está complicando bastante. Mucho.

Muchísimo. Tanto que, quizás, les sea imposible llevarlo a cabo.

Menos mal que tienen un Hado Padrino que, tal vez, pueda echarles una mano. O dos.

LLÁMALO TÚ Y YO

Noelia Amarillo

1

31 de diciembre de 2020

Cuesta de la Vega, Madrid 7.31 horas —Vaya manera de empezar el último día del año —resopló Kini al llegar al inicio de la pronunciada cuesta que marcaba el punto medio del recorrido de esa mañana.

Calix miró de refilón a su compañero de *running*, un adolescente larguirucho con el que corría cada mañana desde hacía un par de años.

—No seas flojeras, Kini. No hay mejor manera de acabar el año que echando una buena carrera —replicó acelerando el trote.

—¡Claro que la hay! Podría estar en la cama, durmiendo.

Estoy de vacaciones de Navidad; se supone que tengo que hacer el vago —masculló el muchacho tras él.

Y Calix sonrió, porque, a pesar de lo mucho que se quejaba, había sido el primero en bajar a la plaza esa mañana.

Apretó el ritmo y no le hizo falta mirar atrás para saber que Kini lo seguía de cerca. Los días en que podía dejarlo a la zaga corriendo habían quedado muy lejos. Ahora el chico era más que capaz de mantener su paso. O incluso de superarlo. Aunque sólo durante breves minutos, por supuesto. O eso quería creer Calix.

Cualquiera que los viera correr a esas horas tan tempranas pensaría que formaban una extraña pareja, al fin y al cabo, Calix ya había cumplido los treinta y a Kini todavía le faltaba un año para la mayoría de edad. Pero esa diferencia de edad, ellos no la notaban, más allá de que Calix se sentía en cierto modo responsable del chico, algo así como si fuera su hermano mayor, uno que le cubría las espaldas cuando era necesario y que le daba collejas cuando no entraba en razón, mientras que Kini admiraba y confiaba tanto en Calix que lo había convertido en su mentor y su cómplice. Uno que lo dejaba a su aire, que no le echaba la bronca muy a menudo y al que contaba todos sus secretos.

O casi todos.

Porque había algunas cosas que, como buen adolescente, se callaba.

Y Calix, como buen hermano mayor putativo, que además no tenía ni un pelo de tonto, se daba perfecta cuenta de que algo le pasaba a su protegido. Es más, no sólo se daba cuenta, también intuía cuál era el motivo de que estuviera tan irritable los últimos días.

—¿Al final habéis convencido a Salvador y a Gala para que os dejen salir esta noche? —le preguntó Calix refiriéndose al abuelo de Kini, con quien éste vivía, y a la madre de Jimena, la novia del chaval y también una de las mejores amigas de Calix, pese a su juventud.

—Sí. Pero nos ha costado Dios y ayuda. Casi he tenido que arrodillarme y suplicarle a mi abuelo, amén de prometerle que me iba a comportar como un adulto responsable, sea eso lo que sea. Pero en cuanto él me ha dejado, Gala ha dejado también a Jime. Aunque antes habló conmigo... —musitó Kini apretando los labios molesto.

—¿Habló contigo? ¿A qué te refieres con eso? —inquirió Calix confundido.

Cuando Jimena no estaba en casa de Kini, era Kini quien estaba en casa de Jimena, lo que significaba que Gala hablaba con él casi a diario, por lo que no entendía que incidiera en eso, y mucho menos su gesto disgustado.

—Pues eso, a que habló conmigo, en plan serio... —jadeó sin resuello enfilando el último tramo de la cuesta, y también el más empinado.

Calix lo siguió en silencio, había subidas que era imposible afrontar charlando. Dejaron atrás la muralla árabe y la catedral de la Almudena y haciendo un último esfuerzo llegaron hasta el viaducto, imponente con sus veintitrés metros de altura. Lo cruzaron pasando bajo uno de sus arcos y aminoraron la velocidad de la carrera a la vez que se dirigían a la elegante escalinata que descendía hasta la calle Segovia.

—¿En plan serio? —resolló Calix, retomando la conversación ahora que el esfuerzo era moderado y podía volver a hablar.

—Sí. Ya sabes... Dijo que...

Kini tomó una gran bocanada de aire y lo soltó lentamente antes de bajar la escalera que acababa en el antiguo barranco por el que pasaba el arroyo San Pedro y que ahora era una de las entradas más transitadas de Madrid.

—Me dijo que confiaba en mí — prosiguió una vez hubo recuperado la respiración—, que sabía que yo era un buen chico y que estaba segura de que me comportaría como un caballero y cuidaría de Jimena. También me recordó que no bebiéramos nada que nos sirvieran abierto, que no

debíamos abusar del alcohol, o mejor todavía, no beberlo, y que tampoco debíamos tomar drogas, y que si veíamos alguna pelea teníamos que alejarnos rápidamente.

—Todo muy coherente —señaló Calix—. Son muy buenos consejos y deberías hacerles caso.

—Sí, en fin... No me atrevería a no hacérselo —masculló Kini, y Calix lo miró arqueando una ceja—. Porque, cuando ya creía que había terminado de darme la charla, me puso las manos en los hombros, me miró muy seria y... — Sacudió la cabeza.

Calix esperó a que continuara, pero Kini mantuvo un obstinado silencio mientras bajaba el último escalón y se paraba frente al paso de cebra que cruzaba la transitada calle.

—¿Vas a decirme qué pasó después o tengo que averiguarlo? —le reclamó tras cruzar al otro lado y dirigirse hacia la plaza de la Paja, que era donde ambos vivían.

—Me dijo que si le pasaba algo a su hija me iba a castrar.

—Oh..., vaya. Eso es... muy propio de Gala.

—Con un cuchillo de sierra poco afilado.

—Eso tiene que doler...

—Y que luego me cauterizaría la herida con un soplete.

—Joder, desde luego esta vez ha sido más sanguinaria de lo habitual. Pero no te preocupes, Gala ladra mucho, pero muerde poco. Además, es una amenaza tonta, ella sabe de sobra que se puede confiar en ti, que eres responsa-

ble y que cuidarás de Jimena aunque ella no quiera —replí-
có burlón, pues, aunque adoraba a la cría, era consciente
de que tenía un carácter endemoniado que sólo Kini sabía
manejar—. En definitiva, sabe que su hija está en las mejo-
res manos —dijo palmeándole la espalda.

Y Kini, en lugar de asentir y sonreír complacido, bajó
la mirada al suelo, retraído. Como si se sintiera mal con
esas afirmaciones o, peor aún, como si fuera a hacer algo
que diera al traste con la confianza depositada en él.

Lo que, por supuesto, hizo sonar mil alarmas en la
cabeza de Calix.

—Y ¿qué es lo que tenéis pensado hacer esta noche?
—indagó con tono casual.

—Vamos a una fiesta en una discoteca.

—¿Os van a dejar entrar siendo menores?

—Sí. Vamos a una *light*, de esas que son para críos.

—De las que no sirven alcohol — apuntó Calix. Y Kini
asintió—. No habréis pensado en iros de botellón y tomá-
roslo fuera de la discoteca, ¿verdad? —inquirió suspicaz.

—¡No! Yo paso de eso. Vamos a bailar. Sólo a bailar.
Y no tenemos pensado hacer absolutamente nada más.

Ni de coña —afirmó con, tal vez, demasiada rotundi-
dad. Lo que hizo que las alarmas que retumbaban en la ca-
beza de Calix alcanzaran un volumen épico.

—Ah, bien. Eso es una gran idea...

¿Y qué discoteca es?

—No lo sé.

Calix lo miró sorprendido.

—O, bueno, sí. Sí que lo sé —se contradijo Kini al ver su gesto—, pero no recuerdo el nombre. —Tomó nervioso la costanilla de San Andrés y emprendió la subida que los llevaría a la plaza de la Paja.

—Vale, sólo era curiosidad —aceptó Calix alzando las manos en son de paz, aunque, por descontado que no iba a rendirse—. ¿Y dónde está?

—¿La discoteca?

—Sí.

—Oh... En Madrid, por supuesto. —Puso los ojos en blanco como si ésa fuera una pregunta estúpida.

—En Madrid estamos, y te recuerdo que es una ciudad grande. Me refiero a en qué calle está...

—Ah, ya... No lo sé, no me acuerdo.

—Sí que tienes mala memoria hoy.

—No es eso, es que... Anuja y Malena la han buscado y son ellas quienes tienen todos los datos —farfulló malhumorado, refiriéndose a las amigas de Jimena.

—¿Y no deberías saberlo? Lo digo porque, si os pilla lejos, necesitaréis que alguien vaya a buscaros si venís tarde y no hay transporte público, por ejemplo —dijo obvian-do a propósito que existía algo llamado taxi que venía muy bien para esos menesteres—.

Además, seguro que Gala quiere saberlo...

—Ya se lo habrá dicho Jimena — replicó Kini encogiéndose de hombros, aunque más que un gesto de desidia pareció que se encogía para hacerse más pequeño y menos visible, si es que un muchacho de más de metro ochenta podía conseguir eso.

—Seguramente, pero también deberías saberlo tú. Imagino que tu abuelo te lo habrá preguntado...

—Pues no —contestó a la defensiva entrando en la plaza.

—Pues lo hará, tenlo por seguro.

Querrá saber cómo vas a ir y... —Se calló al percatarse del gesto de espanto del muchacho—. ¿Pasa algo?

—No, qué va —replicó Kini sintiéndose acorralado. Joder, ¿cómo no lo había pensado? Tenía que averiguar cuanto antes dónde le había dicho Jimena a su madre que estaba la discoteca para decirle lo mismo a su abuelo y que no los pillaran.

Miró hacia la ventana del primero exterior izquierda del número 3 de la plaza y, tal y como esperaba, las persianas estaban subidas, lo que significaba que su novia estaría allí, oculta tras las cortinas, mirándolo.

Sonrió encantado. En cuanto entrara en casa despistaría a su abuelo y la whatsappearía para preguntarle la dirección.

Enfiló contento hacia el banco que estaba frente al portal y, apoyando una mano en el respaldo para guardar el equilibrio, dobló la rodilla derecha y sujetó con la mano libre la puntera de la deportiva, de manera que el talón le quedara pegado al glúteo para estirar el cuádriceps de esa

pierna. Mantuvo la cadera adelantada mientras sostenía la postura y no pudo evitar echar una mirada rápida a la ventana, seguro de que Jimena estaría disfrutando del espectáculo. No había nada que le gustara más a su novia que verlo estirar, ella misma se lo había dicho. Y él, que no era tonto, sabía por qué le gustaba mirarlo. Porque, con las mallas y la ceñida camiseta técnica, se le marcaban los músculos. Y, joroba, le había costado mucho trabajo conseguirlos, así que se esforzaba en adoptar posturitas que, además de para estirar, le servían para lucir el tipo.

Calix contuvo una risita al ver que su compañero se colocaba de manera que las ventanas tuvieran una buena panorámica de su cuerpo. Kini acabó la primera postura y pasó a la segunda, adelantando la pierna izquierda y retrasando la derecha para mantenerse así unos segundos, los glúteos y los abductores de los muslos tensos por el esfuerzo y, por supuesto, bien marcados bajo las mallas. Y todo para nada, porque dudaba mucho que Jimena estuviera despierta, y espiándolo, a esas horas. Oh, por supuesto, ella lo miraba los días que había instituto, porque tenía que levantarse pronto sí o sí, pero ahora no había instituto y era 31 de diciembre, lo que significaba que esa noche iban a traspasar. Por lo que Jimena, como cualquier adolescente, estaría dormida en su camita soñando con los angelitos.

O con Kini, que sería lo más probable, pensó malicioso.

—No te esfuerces tanto, pavo real, no creo que hoy esté mirando —dijo ladino al ver que el muchacho adelantaba la cadera de tal forma que su entrepierna, ceñida por las ajustadas mallas, quedaba más que visible.

—No lo hago por eso —masculló Kini bajando la mirada al suelo y estirando con menos énfasis.

—Ya, seguro —se burló Calix subiendo la mirada al primero. Y se sorprendió al ver moverse las cortinas.

Vaya, por lo visto Jimena sí que se había despertado para echarle una ojeada a su novio—. ¿Cuánto tiempo lleváis juntos? —inquirió con curiosidad.

—El día 13 hicimos dos años. —Y la sonrisa que curvaba los labios de Kini era buena muestra de lo feliz que eso lo hacía.

—Guau, dos años ya... Imagino que lo celebraríais por todo lo alto —bromeó.

—No. Estábamos con exámenes y no pudimos hacer nada especial.

—Qué putada.

—Sí, pero no pasa nada, vamos a celebrarlo hoy —afirmó irradiando ilusión y excitación.

—¿Y qué vais a hacer?

—Vamos a...

—Se calló sonrojándose—. Ir a la discoteca.

—Eso no suena muy romántico. — Calix lo miró suspicaz.

Kini había estado a punto de decir otra cosa. Y se había puesto como un tomate sólo de pensarla. Las alarmas que habían comenzado a apagarse en su cabeza aumentaron de potencia hasta convertirse en las sirenas que avisaban de un holocausto nuclear.

—¿Y qué? Es lo que nos apetece hacer. No tenemos por qué hacer nada romántico. Además, ir a una discoteca sí es romántico. Podemos bailar, y eso es muy romántico —replicó el muchacho a la defensiva, sin querer mirarlo a los ojos.

Y Calix lo supo.

—No vais a ir a ninguna discoteca, ¿verdad?

Kini se puso aún más rojo, si es que eso era posible.

—Claro que sí, vamos a ir a una fiesta en una discoteca con todos los del barrio y algunos del *insti* —afirmó mirando al suelo.

—Vale, está bien, te creo —claudicó Calix—. Oye..., Jimena y tú... —Se calló sin saber bien cómo continuar, aunque decidió que lo más sencillo era no andarse con rodeos—. ¿Tenéis relaciones?

—No sé a qué te refieres —farfulló Kini dejando de estirar de repente. Y, por su gesto espantado, estaba claro que sí sabía a qué se refería—. Es tarde, deberíamos ir a casa, no...

—Me refiero a relaciones sexuales —especificó Calix, cortándolo.

—Aún no. Es decir, no. No las tenemos —se corrigió al instante.

—Eso está bien, sois muy jóvenes y no debéis tener prisa por hacerlo... — Calix fingió no haberse dado cuenta de lo que significaba ese «aún no». Joder, él no quería saber nada de eso. Jimena era como su hermana y Kini también, y no quería ni pensar en que pudieran hacer..., en fin,

eso. Pero el muchacho no tenía amigos íntimos a los que preguntar si le surgían dudas y no creía que se atreviera a hablar del tema con su abuelo.

—No somos tan jóvenes, yo ya tengo diecisiete largos y Jime los cumplirá dentro de pocos meses —rechazó Kini.

—Eso lo cambia todo, desde luego sois unos viejos —resopló burlón.

—¿Qué edad tenías la primera vez que lo hiciste? —contraatacó el muchacho.

—Catorce.

—Ya son tres menos que yo.

— *Sip*. Pero yo siempre he sido muy precoz en el sexo.

—Por lo visto, todo el mundo es muy precoz. Todos menos yo —masculló Kini enfilando hacia el portal, aunque no en voz tan baja como para que Calix no alcanzara a oírlo.

—Que tus amigos te digan que lo han hecho no significa que lo hayan hecho de verdad —señaló siguiéndolo—. Los chicos a tu edad son bastante mentirosos.

Kini se volvió para mirarlo incrédulo.

—Sí, bueno, la verdad es que me da lo mismo. —Se encogió de hombros, como si le importara un pimiento ser el único chico virgen de diecisiete años de todo el puñetero mundo mundial. Y también de parte de la galaxia. Y del universo.